

Michael
Frank

LO QUE FALTA

Traducido del inglés por Miguel Marqués Muñoz

Título original: *What Is Missing*

Publicado por acuerdo con Farrar, Straus and Giroux,
New York.

Diseño de colección: Estudio Pep Carrió

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



Copyright © 2019 by Michael Frank

© de la traducción: Miguel Marqués Muñoz, 2022

© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.)

Madrid, 2022

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.AdNovelas.com

ISBN: 978-84-1362-676-5

Depósito legal: M. 241-2022

Printed in Spain

*Para JAS
y por ella,
para LFF
y por ellas dos,
para CFE,
eccoci qua*

Dondequiera que estoy,
soy lo que falta.

MARK STRAND, *Keeping Things Whole*

Creía conocerte. Luego descubrí que no. Creí también que me conocía a mí misma. Ahora sé que tengo mucho que aprender.

Si empiezo a hablar sobre los medicamentos, sobre la bebida, sobre mi mente, sobre cómo todo lo que descubrí esa madrugada excesiva me sacudió emocionalmente... Tendría que explicarme, pero no puedo hacerlo; ahora no.

Tampoco puedo verte ahora mismo, ni hablar contigo. Tengo que marcharme. Por favor, no vengas en mi busca. Por favor.

DIEZ MESES ANTES

A Andrew Weissman el corazón le batía con fuerza. Lo oía, notaba el latido y el rumor del pulso en los oídos. Sentía la sangre recorriendo todo su cuerpo, impulsándolo. Cuando se dio cuenta de que solo le quedaban tres puentes para desviarse y apartarse del río Arno, hizo un último esfuerzo. Trató de ahondar en sí mismo, dejando atrás el cansancio, más allá de la sed y el calor, para ver con qué se encontraba. Apretó el ritmo; fue entonces un cuerpo que se precipitaba a través del tiempo, cortando el aire caldoso, volando.

Tras el segundo puente, aflojó la marcha y el sudor brotó profusamente. De alguna manera, su cuerpo sabía, conforme se acercaba al final de cada carrera, que no pasaba nada por liberarse, por licuarse. Alcanzó el último puente y ralentizó aún más la marcha, hasta un trote suave que lo llevó al recibidor mismo del *palazzo* que se levantaba en la acera izquierda de la via Tornabuoni. Se coló en el ascensor por una rendija, cuando las puertas estaban a punto de cerrarse.

Una mujer ocupaba uno de los rincones del ascensor. Se le derramaba sobre los hombros una melena dorada y tenía una piel traslúcida que parecía de papel. Sostenía en las manos un sobre acolchado, de gran tamaño, cuya solapa había rasgado. Junto al sobre, sujetaba lo que parecía un grueso taco de pá-

ginas mecanografiadas. Los ojos de la mujer recorrieron las líneas impresas, sin descanso, a un ritmo endiablado.

Andrew se dejó caer en el rincón opuesto; la camiseta y pantalones de correr empapados en sudor. La mujer no levantó ni una vez la mirada de la página, ni siquiera cuando la puerta se abrió de nuevo en el piso superior. Salió del ascensor leyendo.

Una hoja de papel se le escapó de entre las manos y planeó hasta el suelo.

—¡Espere!

La mujer se detuvo y miró a Andrew, parpadeando varias veces para centrar la mirada. Él recogió el papel del suelo y se lo alargó.

—Gracias —dijo, y, a continuación, siguió su camino, presumiblemente rumbo a su habitación, por el lado opuesto del pasillo. El aire que la mujer había removido guardaba aún su aroma.

Andrew se duchó y se puso unos vaqueros y una camisa. Echó un vistazo a la lista que su padre había dejado sobre la mesita de noche que separaba ambas camas con sugerencias de lugares para visitar esa mañana. Dobló el papel por la mitad y lo metió en el cajón; agarró su cámara y se dirigió al salón de la Pensione Ricci, la estancia que desde su llegada se había convertido en una especie de refugio privado.

El salón, raramente usado durante el día, estaba amueblado con varios juegos de amplios sillones y sofás, agrupados a modo de constelaciones. Cubría una de las paredes un tapiz oscuro y de otras dos colgaban grandes paisajes al óleo de vivos colores. En la pared restante se abrían un par de altas ventanas; cinco pisos por debajo discurría la via Tornabuoni.

Andrew se acercó a las ventanas. Su favorita era la izquierda, desde la cual se divisaba todo el trazado de la calle. Abrió los postigos y los aseguró a los ganchos de la fachada al efecto. Se apoyó en el alféizar y se dispuso a encuadrar la primera imagen del día.

No se dio cuenta de que no estaba solo hasta pasado un momento. Sentada ante un escritorio situado al otro extremo del salón, la mujer del ascensor seguía leyendo, al parecer, las páginas mecanografiadas que llevaba antes. De nuevo sus ojos recorrían las líneas a la carrera y, de nuevo, ignoraba que estaba siendo observada.

A Andrew le encantaba fotografiar a gente leyendo. Le fascinaba la privacidad de la experiencia lectora y la posibilidad de observarla y fotografiarla desapercibidamente. Dirigió despacio el objetivo en dirección a la mujer.

Sin levantar la mirada de la página, esta dijo:

—Podrías al menos pedirme que sonría.

Andrew bajó la cámara, sorprendido. Notó que se ruborizaba.

—La gente no suele sonreír mientras lee.

—Yo sí —repuso la mujer, levantando los ojos del papel—. Cuando algo me gusta mucho.

—Ahora mismo no estaba sonriendo.

—No —respondió, recostándose sobre el respaldar de la silla—. No estaba sonriendo, no.

Ella estudió al chico por unos instantes.

—Lo siento. No quería interrumpirla. Ni importunarla. Es que... Me dedico a esto. Hago fotos.

—Te he visto otras veces aquí, en el salón. Mirando por la ventana.

—No solo miro. Hago fotos de la calle. Es parte de un proyecto en el que estoy trabajando. Me gusta buscar repeticiones, patrones. Es una forma de conocer los lugares nuevos.

—¿A esto te dedicas todo el día?

—Cuando mi padre no está, sí. —La mujer puso cara de querer saber más cosas—. Está dando una conferencia. Hemos venido porque participa en un congreso médico.

—¿A tu padre no le gusta que lo acompañes?

—Sí, sí. De hecho, es lo que querría. Pero a veces me canso de ver las cosas que le gustan a él.

—Y ¿qué cosas son esas?

Andrew recitó la lista: el *David* de Miguel Ángel, los sepulcros de los Médicis, la Galería de los Uffizi, las puertas del Baptisterio, el Duomo. Otros lugares e incontables obras de arte quedaron sin enumerar porque habían pasado por delante de ellas a la carrera y no recordaba sus nombres o sus títulos.

—Habéis sido unos turistas muy aplicados.

—A mi padre le gusta verlo todo. No hay nada que no le interese.

—Pero tú no eres así.

Andrew se encogió de hombros.

La mujer inclinó la cabeza hacia un lado.

—¿En qué piensas cuando miras ese tipo de cosas? El *David*, las tumbas de los Médicis, todo eso.

—Me siento como si fueran a hacerme un examen.

—Qué lástima. Cuando se trata de edificios o esculturas, lo mejor es sentir. Maravillarse, hacerse preguntas. Si no, ¿para qué ir?

—Por eso no voy, a menos que me obliguen.

Ella hizo un gesto de asentimiento con la cabeza y regresó a su lectura. Andrew se preguntó si habría dicho alguna tontería o si la conversación se había desinflado sin más —antes de lo que él hubiese querido—. De un modo u otro, se dio por enterado. Se giró de nuevo hacia la ventana y alzó la cámara. Al instante, sin embargo, la bajó de nuevo para volver a ob-

servar a esa mujer. Ahora leía más rápido: su mirada avanzaba a toda velocidad por la página, con un apremio ansioso. De alguna manera, su expresión atribulada la hacía aún más hermosa.

Andrew se obligó a devolver la atención a la calle que discurría a sus pies. Un hombre tocado de un sombrero de paja observaba un maniquí con un sombrero casi idéntico que había en un escaparate. Andrew encuadró y presionó el obturador.

—¿Te apetece dar un paseo? —dijo ella, mientras golpeaba el taco de hojas contra la mesa para que quedasen bien igualadas.

—Ni siquiera sé cómo se llama.

—¿Te ayudará eso a decidir?

—Sí. Creo que sería... lo apropiado.

La mujer enarcó levemente las cejas.

—Me llamo Costanza.

—Yo Andrew.

—Pues ya está. Ahora es todo apropiado, ¿no?

Costanza llevaba un sombrero de paja como el del escaparate que había fotografiado, con una cinta blanca a juego con su vestido. Este era de lino y se le ajustaba al pecho según caminaba. A Andrew se le hacía difícil no dirigir la mirada hacia ese contorno.

—Estás sola en Florencia, entonces —dijo Andrew, medio afirmando, medio preguntando, cuando enfilaban la via Tornabuoni.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Estabas sola en el ascensor. Y también en el salón.

—La persona que me acompaña podría estar... En un congreso profesional, como tu padre.

—Quizá se conozcan, entonces.

—Podrían ser compañeros de profesión. O amigos.

—O enemigos, quizá.

—¿Enemigos? ¿Por qué?

—Mi padre está enemistado con muchos de sus colegas. Él tiene opiniones bastante contundentes con respecto a su profesión. La especialidad médica que ejerce, además, es muy competitiva.

—¿Por qué razón?

—Creo que en parte tiene que ver con el dinero.

—Deja que adivine. Es cirujano plástico.

Andrew negó con la cabeza.

—Es psiquiatra y ha inventado una pastilla que vuelve a la gente simpática.

—No creo que tuviera mucho éxito en Nueva York. Si a los neoyorquinos nos quitas el cinismo, nos niegas la identidad.

Costanza rio.

—Me rindo, entonces.

—Ayuda a mujeres mayores a quedarse embarazadas.

Andrew se dio cuenta de que a Costanza le tembló levemente el ojo derecho. ¿Qué edad tendría esa mujer? Enmarcaba sus ojos una fina malla de arrugas, como una celosía delicada. Eso era todo. Su madre, Judith, que tenía muchas más arrugas y llevaba ocho años tiñéndose el pelo, iba a cumplir cincuenta.

Se acercaban al gran mercadillo cercano a la iglesia de San Lorenzo. Andrew y su padre habían caminado por esas calles durante el fin de semana, de camino a los sepulcros de los Médicis. Aquejaba ese día al barrio un letargo dominical, pero parecía estar resucitando gracias a los puestos, en los que se vendían manteles y artículos de piel, fulares y cuadernos, camisetas y cinturones, relojes de pulsera, collares de

cuentas de coral, mosaicos enmarcados: una abrumadora panorámica ininterrumpida de objetos.

Se adentraron en el mercado y, unos quince puestos más adelante, Costanza giró a la derecha y condujo a Andrew a un edificio con cubierta de madera y vidrio que se levantaba a un flanco del mercadillo.

—¿Qué lugar es este? —preguntó él mientras ascendían las escaleras.

—El Mercato Centrale. No creo que esté en la lista de visitas de tu padre.

La manera en que pronunció Mercato Centrale le hizo pensar que la mujer hablaba italiano o que quizá fuera italiana. Se habían comunicado perfectamente hasta entonces, no obstante; apenas tenía un leve rastro de acento.

Andrew podría haberse quedado mirando durante horas tan solo las cajas apiladas junto a las carnicerías, llenas de trozos de cuerpos que seguían siendo, a medias, las criaturas de que habían formado parte. Había cuartos de jabalí cubiertos aún de un pelaje húmedo y brillante; pollos con sus cabezas intocadas unidos a cuerpos desplumados y extremidades inertes con todas sus uñas y espolones. Se desplumaba a los faisanes, que estaban más sedados que muertos. Las vacas seguían teniendo sus cabezas y los cerdos, sus morros. Había lenguas exangües, intestinos enrollados sobre sí mismos, costillares que hacían pensar en el fuelle de un acordeón y sesos rosáceos y esponjados. Andrew sacó la cámara, pero no encontró la manera de acceder con su mirada a ese paisaje.

Costanza lo guio entre frutas y verduras. También en esos productos se adivinaba el recorrido que habían hecho por este mundo. Las naranjas conservaban sus hojitas verdes y los ajos, sus tallos. Había algunas bayas que no reconoció —*di bosco* las llamaban, «del bosque»—; eran pequeñas y coloradas, y estaban cubiertas de pequeñas protuberancias y motitas.

Los champiñones, marrones y arrugados, tenían el aspecto de la piel curtida, como la de un viejo, y desprendían un aroma oloroso y ahumado, extraño. «De niña, visitábamos mucho a mi abuelo en la Toscana —contó Costanza—. Cuando se jubiló, compró una pequeña casa de campo. Cogíamos setas y él las secaba al sol.»

Se inclinó hacia las setas, cerró los ojos e inhaló. Aquella fragancia sin duda la transportaba a algún lugar agradable y muy lejano.

Costanza intercambió unas palabras con el verdulero y, a continuación, este echó unos cuantos puñados de champiñones en el platillo de la báscula.

—¿Hay algún olor que te transporte a otro tiempo? —preguntó a Andrew.

Este se encogió de hombros.

—Creo que no.

—Eso es porque todavía no has perdido nada. Eres demasiado joven.

Andrew no supo si lo estaba insultando o simplemente re-tando.

—No soy tan joven, ¿sabes? Y he perdido unas cuantas cosas.

—¿Cuántos años tienes, Andrew? ¿Dieciocho?

—En febrero los cumplo.

—¿Puedes contarme qué cosas has perdido?

La pregunta adecuada habría sido qué cosas no había perdido. Su familia nuclear, con el divorcio. A su abuela, muerta cuando tenía nueve años. Su hermano, que se había esfumado a principios de ese verano; no, en realidad hacía meses, varios meses ya. Su novia, que rompió con él a finales del curso anterior.

Sin embargo, Andrew no podía soltar todas esas cosas a una desconocida, así que optó por contar lo más fácil de contar.

—Bueno, mis padres se divorciaron.

—Lo he supuesto. Estás viajando a solas con tu padre. No tienes aspecto de ser un chico sin madre.

—No sé cómo se puede saber una cosa así.

—Es solo una sensación. Yo no tengo padre tampoco. Murió cuando yo tenía catorce años.

—¿De qué murió?

La mujer reflexionó un instante.

—Se suicidó.

Andrew no tenía ni idea de cómo responder a eso.

—No tienes que decir nada. A veces lo mejor es eso, la nada.

Así que Andrew no dijo nada hasta que hubieron dado una vuelta al mercado y estaban de nuevo en la carnicería.

—¿Puedo preguntarte una cosa? ¿Eres italiana o es que hablas muy bien el idioma?

—Mi madre es italiana y mi padre era estadounidense. El que secaba los champiñones era mi abuelo materno. Y la casa de mi abuelo es la que ya no existe. Toda mi familia ha desaparecido, salvo mi madre, que vive al norte de aquí, cerca de Génova. Y sí, estoy en Florencia sola. —Calló un segundo—. ¿He adivinado la mayoría de las preguntas que ibas a hacer?

—Supongo que sí —respondió Andrew. Su mirada vagó hasta la alianza dorada que la mujer llevaba en el anular.